



Breves reflexiones desde la modernidad tardía: identidad

*Todo lo que hacemos
es
todo lo que somos.*

Al crear una identidad, esa identidad es la que nos dicta lo que tenemos que hacer.

Una identidad está confeccionada por una suerte de hábitos, comportamientos, y acciones.

Existen personas que corren, pero no son corredores, que juegan al fútbol, pero no son futbolistas, y personas que invierten en bolsa, pero no son traders.

Cuando nos ensimismamos en un mundo, en ese mundo aflora la curiosidad. Y, esa curiosidad es el motor de la vida.

La curiosidad
rompe
la realidad en pedazos;
y
esos pedazos
son los que crean los mundos.

En la creación de nuestros mundos, los hábitos, los comportamientos, y las acciones se adhieren insoldables a nuestras vidas.

Comenzamos a ser aprendices cuando comenzamos a generar una identidad.

La identidad al romper la realidad en pedazos; hace que esos pedazos se vayann uniendo en un proceso eficiente.

Entonces, se comienza a aprender de todo y de todos.

En esa ambición por el conocimiento se origina la exploración de las nuevas habilidades.

Comenzamos a ser un ecosistema dentro de un universo en plena expansión.

En una identidad definida, existe un propósito. Ese propósito nos adhirió a los hábitos. Esos hábitos son imprescindibles para descartar la información, para filtrar la información.

Aprender, reducir, simplificar, y ejecutar.

La llave maestra del éxito reside en: aprender, reducir, simplificar, y ejecutar.

Ese ciclo infinito se basa en “no buscar” la finitud de las respuestas, sino en buscar la grata infinitud de las preguntas.

En esas preguntas nace la fortuna del pensamiento.

El pensamiento
es
la fortuna necesaria
para poder habitar la riqueza del presente.

Al ser dueños de nuestra identidad, somos dueños de nuestro tiempo.

Desde el dominio del tiempo, podemos trocearlo, para así poder apreciar sin distracciones el valor incalculable de la vida.

En una identidad definida somos nosotros, y de una manera indivisible también somos nuestro entorno.

Desde nuestra forma de pensar —aprender, reducir, simplificar, y ejecutar—, somos capaces de moldear nuestro entorno, porque somos capaces de proporcionar el valor exacto a las cosas.

Nuestra percepción
es
la que da el valor a las cosas.

Esa percepción se va definiendo en la aventura inagotable de nuestra identidad. Una aventura hacia nuestro interior.

Un mapa de emociones, desde donde dejamos de juzgarnos para no juzgar a los demás.

Un mapa de emociones donde la brújula es la paz, porque la guerra es una realidad inventada por el egoísmo atroz del hombre.

Una identidad
en un mundo
tan fácil de definir,
es una brújula
en medio
de demasiados nortes desorientados.

